

FEMINISMO Y SOCIALISMO
ANTOLOGÍA
Flora Tristán

Edición de Ana de Miguel y Rosalía Romero

A LOS OBREROS Y A LAS OBRERAS (‘Unión Obrera’, 1843)

OBREROS Y OBRERAS

Escuchadme: desde hace veinticinco años, los hombres más inteligentes y más abnegados han consagrado su vida a la defensa de vuestra sagrada causa¹; ellos, con sus escritos, discursos, informes, memorias, encuestas, estadísticas, han señalado, han constatado, han demostrado al Gobierno y a los ricos que la clase obrera, en el actual estado de cosas, se encuentra material y moralmente una situación intolerable de miseria y de dolor; han demostrado que, de este estado de abandono y sufrimiento, resultaba necesariamente que la mayoría de los obreros, amargados por la desgracia, embrutecidos por la ignorancia y por un trabajo que excede sus fuerzas, se convertían en seres peligrosos para la sociedad; han demostrado

al Gobierno y a los ricos que no solamente la justicia y la humanidad imponían el deber de acudir en socorro de las clases obreras mediante una ley sobre la organización del trabajo, sino que incluso el interés y la seguridad general reclamaban imperiosamente esta medida. ¡Pues bien! desde hace veinticinco años, tantas voces elocuentes no han logrado despertar la solicitud del Gobierno en torno a los peligros a que está expuesta la sociedad frente a siete u ocho millones de obreros exasperados por el sufrimiento y la desesperación, ¡un gran número de los cuales se ve emplazado entre el suicidio... o el robo...!

Obreros, ¿qué se puede decir ahora en defensa de vuestra causa...? ¿Acaso no ha sido dicho y redicho todo, desde hace veinticinco años, en todas las formas posibles y hasta la saciedad? No hay nada más que decir, nada más que escribir, porque vuestra desgraciada situación es bien conocida por todos. No queda más que una cosa por hacer: *actuar conforme a los derechos escritos en la Carta*.

Ha llegado el día en que se hace necesario *actuar*, y a vosotros, a *vosotros solos*, os corresponde actuar en interés de vuestra propia causa. ¡Os va en ello la vida... o la muerte!, esa muerte horrible que mata a cada instante: ¡la *miseria* y el *hambre*!

Obreros, dejad pues de esperar por más tiempo la intervención que se pide en vuestro favor desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el Gobierno *no puede* o *no quiere* ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. De vosotros solos depende, si lo deseáis firmemente, salir del laberinto de miserias, dolores y degradación en el que os consumís. ¿Queréis asegurar a vuestros hijos el beneficio de una buena educación industrial, y a vosotros mismos la certeza del descanso en vuestra vejez? Podéis hacerlo.

Vuestra forma de acción no es la revuelta a mano armada, ni el motín en la plaza pública, ni el incendio ni el saqueo. No, porque la destrucción, en lugar de remediar vuestros males, no haría más que empeorarlos. Los motines de Lyon y de París así

1. Saint-Simon, Owen, Fourier y sus escuelas; Parent-Duchâtelet, Eugène Buret, Willelmé, Pierre Leroux, Louis Blanc, Gustave de Beaumont, Proudhon, Cabet; y, entre los obreros, Adolphe Boyer, Agricol Perdiguier, Pierre Moreau, etc.

lo han atestiguado. No tenéis más que una posibilidad de acción, legal, legítima, confesable frente a Dios y los hombres: *la unión universal de los obreros y de las obreras*.

Obreros, vuestra condición en la sociedad actual es miserable, dolorosa: con buena salud, no tenéis *derecho al trabajo*; enfermos, lisiados, heridos, viejos, tampoco tenéis *derecho a la hospitalización*; pobres, faltos de todo, no tenéis *derecho a la limosna*, porque la mendicidad está prohibida por la ley. Esta situación precaria os sume en el estado salvaje en que el hombre, habitante de los bosques, se ve obligado cada mañana a pensar en el medio de procurarse el alimento de la jornada. Semejante existencia es un verdadero suplicio. La suerte del animal que rumia en el establo es mil veces preferible a la vuestra; él está seguro de *comer al día siguiente*; su dueño le guarda en la granja paja y heno para el invierno. La suerte de la abeja, en su cavidad del árbol, es mil veces preferible a la vuestra. La suerte de la hormiga, que trabaja en verano para vivir tranquila en invierno, es mil veces preferible a la vuestra. Obreros, sois desgraciados, sí, sin duda; pero, ¿de dónde viene la causa principal de vuestros males...? Si a la abeja y a la hormiga, en lugar de trabajar concertadamente con las otras abejas y hormigas para aprovisionar la vivienda común de cara al invierno, se les ocurriera separarse y querer trabajar solas, también ellas morirían de frío y de hambre en su rincón solitario. ¿Por qué pues vosotros permanecéis aislados...? ¡Aislados sois débiles y caéis aplastados bajo el peso de toda clase de miserias! ¡Pues salid de vuestro aislamiento! ¡Uníos! *La unión hace la fuerza*. Tenéis a vuestro favor el número, y esto ya es mucho.

Yo vengo a proponeros una *unión general* de los obreros y las obreras, sin distinción de oficios, que vivan en el mismo reino; una unión que tendría por objetivo *constituir la clase obrera* y construir varios edificios (*Palacios de la Unión Obrera*), igualmente repartidos por toda Francia. En ellos se educaría a los niños de ambos sexos, desde los seis a los dieciocho años, y se acogería a los obreros lisiados o heridos y a los

ancianos². Oíd hablar a las cifras y os haréis una idea de lo que se puede hacer con la unión.

Hay en Francia alrededor de cinco millones de obreros y dos millones de obreras³. Que unan estos siete millones de obreros su pensamiento y su acción para una gran obra común, en beneficio de *todos y todas*: que dé cada uno de ellos dos francos al año para esta obra, y al cabo de un año *la Unión Obrera* poseerá la enorme suma de *catorce millones*.

Vosotros me diréis: ¿Pero, cómo podríamos *unirnos* para esta gran empresa...? Estamos todos dispersos según la posición y por la rivalidad entre los oficios, incluso en muchas ocasiones nos transformamos en enemigos y peleamos unos contra otros. Además, ¡dos francos de cotización anual es mucho para unos pobres jornaleros!

Responderé a estas dos objeciones: *unirse* para la realización de una gran obra no es lo mismo que *asociarse*. Los soldados y marinos que contribuyen con lo que se les deduce de su paga, cada uno en la misma proporción, al fondo común que sirve para mantener a 3.000 soldados y marinos en el Hotel de los Inválidos, no están sin embargo *asociados* entre ellos por este motivo. No necesitan ni conocerse, ni tener las mismas opiniones, los mismos gustos o los mismos caracteres. Les basta con saber que todos los militares, de un extremo a otro de Francia, cotizan la misma cantidad; que esto asegura a los heridos, lisiados y ancianos *su derecho* a entrar en el Hotel de los Inválidos.

En lo referente a la cantidad, yo pregunto: ¿cuál es el obrero, incluso entre *los más pobres*, que economizando un poco, no podría dedicar dos francos de cotización, en el transcurso de un año entero, para asegurarse una jubilación en sus días de vejez⁴. ¡Ah! Vuestros vecinos, los desgraciados irlandeses, *el pueblo más pobre de toda la tierra*, el pueblo que sólo come

2. Ver en el capítulo V [de *Unión Obrera*] cómo se procederá para las admisiones.

3. Ver, para una mayor exactitud en las cifras, las obras de los estadísticos, y el notable trabajo del señor Pierre Leroux: *Sobre la Plutocracia*.

4. Esto no representaría más que 17 cts. al mes.

patatas, ¡y sólo las come cada dos días!...⁵, un pueblo así (que sólo tiene siete millones de almas) ha encontrado los medios para conseguir casi *dos millones de renta* para un solo hombre (O'Connell)⁶, que ciertamente es su defensor, pero al fin y al cabo un solo hombre, ¡y esto durante doce años! Y tú, pueblo francés, *el más rico de toda la tierra*, ¿no encontrarías los medios para construir vastos palacios, saludables, cómodos, que acojan a tus hijos, tus heridos y tus ancianos? ¡Sería una verdadera vergüenza, una vergüenza eterna que acusaría tu egoísmo, tu despreocupación y tu falta de inteligencia! Sí, sí, si los obreros irlandeses que van con los pies descalzos y la *barriga vacía, durante doce años han dado dos millones* como honorarios a su defensor O'Connell bien podréis vosotros, obreros franceses, dar catorce millones por año para alojar y alimentar a vuestros *bravos veteranos del trabajo y educar a los aprendices*.

¡Dos francos por año...! ¿Cuál de vosotros no paga diez o veinte veces esta suma en sus *pequeñas asociaciones particulares* de oficio, de socorro mutuo y otras, o también para sus *pequeños vicios* habituales como tabaco, café, aguardiente, etc.? Es fácil a cada uno de vosotros conseguir dos francos⁷, y cada uno de vosotros al dar este poquito ¡produce un total de *catorce millones*...! ¡Ved qué riqueza poseéis tan sólo por vuestro número! Pero, para gozar de esta riqueza, es necesario que el número se reúna; forme *un todo, una unidad*.

5. Los irlandeses no comen carne *más que una vez al año*, el día de Navidad. «Siendo todos pobres, consumen en su alimentación el alimento menos caro del país, las patatas, pero todos no las consumen en la misma cantidad: unos, los privilegiados, las comen tres veces al día; otros, menos afortunados, dos veces; los que están en la indigencia, solamente una vez, y hay quienes, aún en una mayor indigencia, pasan un día, incluso dos días, sin tomar ningún alimento», *La Irlanda social, política y religiosa*, de M. G. de Beaumont, primera parte, capítulo I.

6. O'Connell ha dirigido la respuesta siguiente a lord Shrewsbury, quien le había reprochado la subvención anual y voluntaria de 75.000 libras esterlinas (1.875.000 fr.) que le paga Irlanda.

Sigue la respuesta de O'Connell, que es muy hermosa, y termina con estas palabras: «Me siento orgulloso de proclamarlo: *soy el servidor asalariado de Irlanda, y ésta es una servidumbre que me glorifico de llevar*», Sesión de la Cámara de los Comunes, octubre de 1842.

7. Se podrá cotizar en dos veces.

Obreros, dejad pues de lado vuestras pequeñas rivalidades de oficio y formad, fuera de vuestras asociaciones particulares, una *unión* compacta, sólida, indisoluble. Que mañana, que inmediatamente, se levante espontáneamente de todos los corazones un mismo y único ideal: *¡la unión!* Que este grito de *unión* resuene por toda Francia y, en el plazo de un año, si lo deseáis firmemente, *estará constituida la Unión Obrera*, y en dos años tendréis en caja, para vosotros, *sólo para vosotros*, catorce millones, para construirs un palacio digno del gran pueblo de los trabajadores.

En su fachada, debajo del frontón, inscribiréis en letras de bronce:

PALACIO DE LA UNIÓN OBRERA

CONSTRUIDO Y CONSERVADO GRACIAS A
LA COTIZACIÓN ANUAL DE 2 FRANCO HECHA
POR LOS OBREROS Y OBRERAS PARA HONRAR EL TRABAJO,
TAL COMO SE MERECE, Y PARA RECOMPENSAR
A LOS TRABAJADORES, A ELLOS
QUE ALIMENTAN A LA NACIÓN, LA ENRIQUECEN Y CONSTITUYEN
SU VERDADERA FUERZA.

¡HONOR AL TRABAJO!

¡RESPETO Y GRATITUD A LOS BRAVOS VETERANOS
DEL TRABAJO!

Sí, a vosotros, campeones del trabajo, os corresponde ser los primeros en levantar la voz para honrar *la única cosa realmente honorable*, el trabajo. A vosotros, productores, despreciados hasta ahora por aquellos que os explotan, os corresponde ser los primeros en levantar un Palacio para jubilar a nuestros viejos trabajadores. A vosotros, obreros que construís los palacios de los reyes, los palacios de los ricos, los templos de Dios, las casas y asilos donde se cobija la humanidad, os corresponde por fin construir un asilo en el que

podáis morir en paz, vosotros, vosotros que no habéis tenido nunca dónde apoyar la cabeza salvo el hospital *cuando hay sitio*. ¡Manos a la obra, pues! ¡Manos a la obra!

Obreros, pensadlo bien, el esfuerzo que voy a intentar ante vosotros para arrancaros de la miseria es probablemente el último que pueda hacerse, porque si no respondéis a esta *llamada de unión*, si, por egoísmo o por despreocupación, no queréis *uniros...*, habría que abandonaros pronunciando sobre vosotros las palabras que se pronuncian sobre los muertos.

Hermanos, un pensamiento desolador golpea en el corazón de todos los que escriben para el pueblo; que el pobre pueblo está tan abandonado, tan sobrecargado de trabajo desde su infancia, que sus tres cuartas partes *no saben leer* y la otra cuarta parte *no tiene tiempo para leer*. Por lo tanto, hacer un libro para el pueblo es echar una gota de agua en el mar. Por esto he comprendido que si me limitaba a poner mi proyecto de *unión universal* sobre el papel, el proyecto, con todo lo magnífico que es, sería letra muerta, como lo han sido tantos otros planes ya propuestos. He comprendido que, después de publicado mi libro, tenía otra misión que cumplir: ir yo misma, con mi proyecto de unión en la mano, de ciudad en ciudad, de un extremo a otro de Francia, a hablar a los obreros *que no saben leer y a los que no tienen tiempo de leer*. Me he dicho a mí misma que ha llegado la hora de actuar; y para el que ame realmente a los obreros, el que quiera dedicarse en cuerpo y alma a su causa, hay una hermosa misión que cumplir. Es necesario que siga el ejemplo dado por los primeros apóstoles de Cristo. Aquellos hombres, desafiando la persecución y las fatigas, tomaban las alforjas y el cayado y se iban de país en país predicando la *nueva ley: la fraternidad en Dios*, la unión en Dios. ¡Pues bien! ¿por qué yo, mujer que me siento llena de fe y fuerza, no puedo ir igual que los apóstoles de ciudad, anunciando a los obreros la *buena nueva* y predicándoles *la fraternidad en la humanidad, la unión en la humanidad*?

En la tribuna de las Cámaras, en los púlpitos cristianos, en las reuniones mundanas, en los teatros, y sobre todo en los

tribunales, se ha hablado a menudo *de los obreros*; pero todavía nadie ha intentado hablar *a los obreros*. Es un medio que es necesario intentar. Dios me dice que triunfaremos. Por eso, inicio con confianza esta nueva vía. Sí, iré a buscarles a sus talleres, a sus buhardillas, les buscaré hasta en las tabernas si es necesario, y allí, frente a su miseria, les conmoveré sobre su propia suerte y les forzaré, *a pesar suyo*, a salir de la espantosa miseria que les degrada y les mata.

POR QUÉ MENCIONO A LAS MUJERES (‘Unión Obrera’, 1843)

Obreros, hermanos míos, vosotros, para quienes yo trabajo con amor porque representáis la parte más *viva*, la más numerosa y la más *útil* de la humanidad, y porque con mi modo de ver las cosas yo encuentro mi propia satisfacción en servir vuestra causa, os ruego encarecidamente que tengáis a bien leer con la máxima atención este capítulo, porque falta mucho para persuadiros de ello, y os jugáis vuestros *intereses materiales* al comprender bien *por qué* mencionó siempre a las mujeres designándolas como: *obreras o todas*.

A aquel cuya inteligencia está iluminada por los rayos del amor divino, el amor por la humanidad, le es fácil comprender la relación lógica de las relaciones que existen entre las causas y los efectos. Para él, toda la filosofía, toda la religión, se resumen en estas dos cuestiones: la primera, *¿cómo se puede y se debe amar a Dios y servirle bajo la perspectiva del bienestar universal de todos y de todas en la humanidad?*; la segunda, *¿cómo se puede y se debe amar y tratar a la mujer, bajo esta misma perspectiva del bienestar universal de todos*

y todas en la humanidad? Estas dos cuestiones planteadas así son, en mi opinión, la base sobre la que debe descansar, con miras al orden natural, todo lo que se produce en el mundo moral y el mundo material (el uno se desprende del otro).

No creo que sea éste lugar para responder estas dos cuestiones. Más tarde, si los obreros me manifestaran desearlo, trataría muy gustosamente con ellos metafísica y filosóficamente cuestiones de orden más elevado. Pero, por el momento, aquí nos basta con plantear las dos cuestiones, *como una declaración formal de un principio absoluto*.

Sin remontarnos directamente a sus causas, limitémonos a examinar los efectos.

Hasta ahora, la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas. ¿Cuál ha sido el resultado de esto?, que el sacerdote, el legislador, el filósofo, la han tratado como *verdadera paria*. La mujer (la mitad de la humanidad) *ha sido echada de la Iglesia, de la ley, de la sociedad*¹. Para ellas no ha

1. Aristóteles, menos sentimental que Platón, planteaba, sin llegar a resolverla, esta pregunta: «¿Tienen las mujeres un alma?», pregunta que se dignó contestar positivamente el concilio de Mâcon, por una mayoría de tres votos. (*La Falange*, 21 de agosto de 1842.)

De esta forma, con *tres votos menos*, se hubiera reconocido que la mujer pertenecía al reino de los *animales irracionales*, y siendo así, el hombre, el dueño, el señor, ¡se hubiera visto obligado a *cohabitar con un animal irracional*!; ¡este pensamiento hace estremecer y hiel de horror...! Por lo demás, tal como están las cosas, debe ser un profundo motivo de dolor para los *sabios entre los sabios*, el pensar que ellos descienden de la *raza mujer*. Porque, si realmente están convencidos de que la mujer es tan estúpida como ellos pretenden, ¡qué vergüenza para ellos haber sido concebidos en el seno de criatura semejante, haber mamado su leche y haber permanecido bajo su tutela una gran parte de su vida! ¡Oh!, es muy probable que si esos sabios hubieran podido excluir a la mujer de la *naturaleza humana*, como la han excluido de la Iglesia, de la ley y de la sociedad, se hubieran ahorrado la *vergüenza* de descender de una mujer. Pero felizmente, por encima de la sabiduría de los sabios, está la ley de Dios.

Todos los profetas, a excepción de Jesús, han tratado a la mujer con una iniquidad, un desprecio y una dureza inexplicables. Moisés hizo decir a su Dios:

«16. Dios dijo también a la mujer: Te aquejarán infinidad de males durante tu embarazo; parirás con dolor; estarás bajo el poder de tu marido, y él te dominará» (*Génesis*, capítulo III). El autor del *Eclesiastés* ha llevado el orgullo de su sexo hasta el punto de decir: «Más vale un hombre vicioso que una mujer virtuosa».

Mahoma dijo en nombre de su Dios:

«Los hombres son superiores a las mujeres por las cualidades con las que Dios les ha creado por encima de éstas, y porque los hombres emplean sus bienes para dotar a las mujeres.

Reprenderéis a aquellas de las que temáis *desobediencia*; las relegaréis en camas aparte, les *pegaréis*; pero tan pronto como os obedezcan, dejaréis de buscarles querella» (Corán, capítulo IV, 38).

habido ninguna función en la Iglesia, ninguna representación frente a la ley, ninguna función en el Estado. El sacerdote le ha dicho: «mujer, tú eres la tentación, el pecado, el mal; tú representas la carne, es decir, la corrupción, la podredumbre. Llorar por tu condición, echa ceniza sobre tu cabeza, enciértrate en un claustro, y allí, mortifica tu corazón, que ha sido hecho para el amor, y tus entrañas de mujer, que han sido hechas para la maternidad; y cuando hayas mutilado de esta forma tu corazón y tu cuerpo, ofrécelos ensangrentados y reseco a tu Dios para la remisión del *pecado original* cometido por tu madre Eva». Después, el legislador le ha dicho: «mujer, por ti misma no eres nada como miembro activo del cuerpo humanitario; no puedes esperar encontrar lugar en el banquete social. Si quieres vivir, deberás servir de anexo a tu señor y dueño, el hombre. Por lo tanto, de soltera, obedecerás a tu padre; casada, obedecerás a tu marido, viuda y anciana, no se te hará ya ningún caso». Después, el sabio filósofo le ha dicho: «Mujer, ha quedado constatado por la ciencia que, por tu constitución, eres inferior al hombre»². «No tienes inteligencia, ni comprensión para las cuestiones elevadas, ni lógica en las ideas, ninguna capacidad para las ciencias llamadas exactas, ni aptitud para los trabajos serios, en fin, eres un ser débil de cuerpo y de espíritu, pusilánime, supersticiosa; en una palabra, no eres más que un niño caprichoso, voluntarioso, frívolo; durante diez o quince años

Las leyes de Mandé dicen:

«Durante su infancia, una mujer debe depender de su padre; durante su juventud, depende de su marido; al morir su marido, de sus hijos; si no tiene hijos, de los parientes más cercanos de su marido, o en su defecto, de los de su padre; si no tiene parientes paternos, del soberano: ¡una mujer no debe nunca gobernarse a su guisa!»

He aquí lo más curioso: «(Ella) debe estar siempre de buen humor».

«215. La mujer no puede promover acción en justicia sin la autorización de su marido, aun cuando fuera vendedora pública, o estuviera en régimen de separación de cuerpos o de bienes.»

«37. Los testimonios que se presentan en actos de estado civil no podrán ser más que del sexo masculino» (Código Civil).

«Uno (el hombre) debe ser activo y fuerte, el otro (la mujer) pasivo y débil» (J. J. Rousseau, Emile).

Esta fórmula se halla reproducida en el Código:

«213. El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido.»

2. La mayoría de los sabios, ya sean naturalistas, médicos o filósofos, han concluido más o menos explícitamente la inferioridad intelectual de la mujer.

de tu vida eres una graciosa *muñequita*, pero llena de defectos y de vicios. Por esto, mujer, es necesario que el hombre sea *tu dueño* y tenga toda la autoridad sobre ti»³.

He aquí cómo, desde los seis mil años que el mundo existe, los sabios entre los sabios han juzgado la *raza mujer*.

Una condena tan terrible, y repetida durante seis mil años, podía impresionar al vulgo, puesto que la sanción del tiempo tiene mucha autoridad sobre él. Sin embargo, hay algo que debe hacernos concebir esperanzas de que se pueda recurrir ante este juicio, y es que, de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han mantenido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los *proletarios*. Antes del 89, ¿qué era el proletario en la sociedad francesa? Un *villano*, un *patán*, una *bestia de carga*, *pechero* y sujeto a *prestación personal*. Después llegó la revolución del 89 y, de golpe, hete aquí a los sabios entre los sabios que proclaman que la *plebe* se llama *pueblo*, que los *villanos* y los *patanes* se llaman *ciudadanos*. En fin, proclaman en plena asamblea nacional los *derechos del hombre*⁴.

El proletario, él, pobre obrero mirado hasta entonces como una bestia, quedó muy sorprendido al comprender que *el olvido y el desprecio que se había hecho de sus derechos fueron los causantes de las desgracias del mundo*.

3. «La mujer ha sido hecha para el hombre» (San Pablo).

4. El pueblo francés, convencido de que *el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de las desgracias del mundo*, ha resuelto exponer en una *solemne declaración sus derechos sagrados e inalienables*, para que todos los ciudadanos puedan permanentemente comparar los actos del gobierno con el objeto de toda institución social, y no se dejen jamás oprimir ni envilecer por la tiranía; para que el pueblo tenga siempre frente a sus ojos las bases de su libertad y de su felicidad, el magistrado la regla de sus deberes, el legislador el objeto de su misión.

En consecuencia, proclama, ante el Ser Supremo, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano:

1. El objetivo de la sociedad es la felicidad común. El gobierno se constituye para garantizar al hombre el disfrute de sus derechos naturales e imprescriptibles.

2. Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.

3. Todos los hombres son iguales por naturaleza y frente a la ley.

4. La ley es la expresión libre y solemne, de la voluntad general.

(Convención Nacional, 27 de junio de 1793.)

¡Oh! quedó muy sorprendido al comprender que iba a gozar de derechos civiles, políticos y sociales, y que, finalmente, se convertía en el *igual* de su antiguo señor y dueño. Su sorpresa aumentó cuando se enteró de que poseía un cerebro absolutamente con la *misma capacidad* que el del príncipe real por herencia. ¡Qué cambio! Sin embargo, no tardó en apercibirse de que este *segundo* juicio manifestado sobre la raza proletaria era mucho más exacto que el primero, porque apenas se proclamó la *aptitud* de los proletarios para cualquier clase de funciones civiles, militares y sociales, se vio salir de sus filas a generales como ni Carlomagno, ni Enrique IV, ni Luis XIV habían podido nunca reclutar en las filas de su orgullosa y brillante nobleza⁵. Después, como por encanto, surgieron en tropel de las filas de los proletarios sabios, artistas, poetas, escritores, hombres de Estado, financieros, que dieron a Francia un esplendor que nunca había tenido. La gloria militar vino entonces a cubrirla como con una aureola; los descubrimientos científicos se enriquecieron, las artes la embellecieron; su comercio alcanzó una extensión inmensa, y en menos de 30 años la riqueza del país se triplicó. La demostración por los hechos y sin réplica. También hoy todo el mundo conviene en que los hombres nacen indistintamente con unas facultades más o menos iguales, y en que solamente deberíamos ocuparnos de *tratar de desarrollar todas las facultades del individuo con miras al bienestar general*.

Lo que ha ocurrido con los proletarios, hay que convenir en ello, es un buen augurio para las mujeres cuando les llegue su 89. Según un cálculo muy simple es evidente que la riqueza de la sociedad se cuadruplicará a partir del día en que se llame a las mujeres (la mitad del género humano) a aportar en la actividad social la suma de su inteligencia, fuerza y capacidad. Esto es tan fácil de comprender como que dos es el *doble* de uno. Pero, ¡desgraciadamente!, no hemos llegado todavía

5. Todos los famosos generales del Imperio salieron de la clase obrera. Antes de 1789, sólo los nobles eran oficiales.

a este momento, y mientras esperamos ese feliz 89 constatamos lo que ocurre en 1843.

La Iglesia, que ha dicho que la mujer es el *pecado*; el legislador, que dice *que por ella misma no es nada, que no debería gozar de ningún derecho*; el sabio filósofo que afirma también que, por su constitución, *no tiene inteligencia*; de todo esto se ha concluido que es un pobre ser desheredado de Dios, y los hombres y la sociedad la han tratado en consecuencia.

No conozco nada tan poderoso como la lógica forzada, mecanicista, que se desprende de un principio dado o de la hipótesis que lo representa. La inferioridad de la mujer, una vez proclamada y dada como *principio*, ved qué consecuencias desastrosas ocasiona para *el bienestar universal de todos y de todas en la humanidad*.

De la creencia de que la mujer, por su constitución, carece de fuerza, de inteligencia, de capacidad, y que es poco apta para los trabajos serios y útiles, se ha concluido *muy lógicamente* que sería perder el tiempo darle una educación racional, sólida, severa, capaz de hacer de ella un miembro útil de la sociedad. Por lo tanto, se la ha educado para ser una graciosa muñeca y una esclava destinada a *distraer a su dueño* y a *servirle*. A decir verdad, de vez en cuando algunos hombres inteligentes, sensibles, que sufren por sus madres, por sus mujeres, por sus hijas, han clamado contra la barbarie y lo absurdo de semejante estado de cosas, y han protestado enérgicamente contra una condena tan inicua⁶. Varias veces la

6. Fourier considera a la mujer, por sus sentimientos e inteligencia, muy por encima del hombre. Los saintsimonianos lo mismo.

He aquí, entre otras cosas, lo que dice Fourier:

«He encontrado en el curso de mis investigaciones sobre el régimen societario mucho más raciocinio entre las mujeres que entre los hombres; ya que ellas me han dado en varias ocasiones ideas nuevas que me han valido soluciones a problemas imprevistos.

Varias veces he debido a mujeres de las denominadas *esponáneas* (espíritus que captan rápidamente y devuelven sus ideas con exactitud, sin un paso intermedio), unas preciosas soluciones a problemas que me habían torturado el espíritu. Los hombres jamás me han supuesto ninguna ayuda de este tipo.

sociedad se ha conmovido por un momento; pero, empujada por la lógica, ha respondido: ¡pues bien! Imaginemos que las mujeres no sean lo que los sabios han creído; supongamos incluso que tengan gran fuerza moral y gran inteligencia: ¡pues bien! en este caso, ¿para qué serviría desarrollar sus facultades, si no encontrarían *dónde emplearlas* útilmente en esta sociedad que las rechaza? ¡Qué suplicio más horrible, sentir en sí la fuerza y la capacidad de actuar y verse condenado a la inacción!

Este razonamiento es de una verdad irrefragable. También todo el mundo lo repetiría: es verdad, las mujeres sufrirían demasiado si desarrollasen las hermosas facultades con las que Dios las ha dotado, si desde su infancia se educasen para comprender bien su dignidad de ser y tener, conciencia de su valor como miembros de la sociedad; jamás, no, nunca podrían soportar la condición envilecedora en que la Iglesia, la ley y los prejuicios las han situado. Vale más tratarlas como a *niños* y dejarlas en la *ignorancia de sí mismas*; sufrirán menos.

Fijaos bien y ved qué espantosa perturbación puede resultar tan sólo por haber aceptado un *falso principio*.

No quiero apartarme de mi tema, aunque aquí tengo una hermosa ocasión para hablar desde una perspectiva general; vuelvo a mi marco, la clase obrera.

En la vida de los obreros la mujer lo es todo. Es su única providencia. Si les falta, les falta todo. También lo dicen ellos: «la mujer es quien hace o deshace la casa», y esto es la pura verdad: por esto la frase se ha convertido en proverbio. Sin embargo, ¿qué educación, qué instrucción, qué dirección, qué desarrollo moral o físico recibe la mujer del pueblo?: ninguno. De niña, se la deja a la merced de una madre y de una abuela

¿Por qué no se encuentra entre ellos esta aptitud para las ideas nuevas, exentas de prejuicios? Porque ellos tienen el espíritu envilecido, encadenado por las prevenciones filosóficas que se les ha imbuido en las escuelas. Salen de ellas con la cabeza atiborrada de principios contrarios a la naturaleza, y no pueden considerar ya con espíritu independiente una idea nueva. Si ésta discuerda de Platón o Séneca, se sublevar y anatematizan a aquél que ose contradecir al divino Platón, al divino Catón, al divino Ratón» (*La falsa industria*, p. 526).

que, ellas mismas, no han recibido ninguna educación: una, según su temperamento, será brutal y malvada, la golpeará y la maltratará sin motivo; la otra, será débil, despreocupada, y le dejará hacer todos sus caprichos (en esto, como en todo lo que expongo, hablo en general; por supuesto, admito que hay muchas excepciones). La pobre niña se irá educando en medio de las contradicciones más chocantes, un día irritada por los golpes y los tratos injustos, al día siguiente ablandada, viciada por *mimos* no menos perniciosos.

En lugar de enviarla a la escuela⁷, se la guardará en casa con preferencia sobre sus hermanos, porque se le saca mejor partido en las tareas de la casa, ya sea para acunar a los niños, hacer recados, cuidar la comida, etc. A los doce años se la coloca de aprendiz: allí continúa siendo explotada por la patrona y a menudo también maltratada como cuando estaba en casa de sus padres.

Nada agria el carácter, ni endurece el corazón, ni vuelve el espíritu malvado, como el sufrimiento continuado que un niño soporta como consecuencia de un trato injusto y brutal. En primer término la injusticia nos hiere, nos aflige, nos desespera; después, cuando se prolonga, nos irrita, nos exaspera, y, al no soñar en otra cosa más que en las posibilidades de vengarnos, terminamos por volvernos nosotros mismos duros, injustos, malvados. Tal será el estado normal de la pobre muchacha de veinte años. Después se casará, sin amor, únicamente porque tiene que casarse si quiere sustraerse a la tiranía de sus padres. ¿Qué ocurrirá entonces? Supongamos que tenga cinco hijos; a su vez, por supuesto, será incapaz de educar convenientemente a sus hijos e hijas;

7. Me he enterado, por una persona que ha pasado unos exámenes para poder dirigir un hospicio, que, por órdenes recibidas de las altas esferas, los maestros de esta clase de escuelas deben ocuparse de *desarrollar la inteligencia de los muchachos más que la de las muchachas*. Generalmente, todos los maestros de escuela de pueblo actúan de esta misma manera con respecto a los niños que instruyen. Varios me han confesado que *recibían esta orden*. También ésta es una consecuencia lógica de la posición desigual que ocupan en la sociedad el hombre y la mujer. Existe a este respecto un dicho que es proverbial: «¡Oh! siendo mujer, ya sabe lo suficiente».

se mostrará para con sus hijos tan brutal como su madre y su abuela lo han sido con ella⁸.

Mujeres de la clase obrera, observad bien, os lo ruego, que, al hacer aquí referencias a vuestra ignorancia e incapacidad para educar a vuestros hijos, no tengo ninguna intención de hacer la más mínima acusación contra vosotras ni contra vuestro temperamento. No, yo acuso a la sociedad de dejaros así de incultas, a vosotras, mujeres; a vosotras, madres, que, por el contrario, tenéis tanta necesidad de ser instruidas y desarrolladas, para a vuestra vez poder instruir y desarrollar a los hombres, y niños confiados a vuestros cuidados.

Las mujeres del pueblo, por lo general, son brutales, malvadas; a veces duras. Es verdad, pero ¿de qué proviene este estado de cosas tan poco conforme con el temperamento dulce, bueno, sensible, generoso, de la mujer?

¡Pobres obreras!, ¡tienen tantos motivos para irritarse! En primer lugar, el marido. Hay que reconocerlo, existen pocos hogares obreros felices. El marido, que ha recibido más instrucción, que, es *el jefe por ley*, y también *por el dinero* que trae al hogar⁹, se cree (y de hecho lo es) muy superior a la mujer, que no aporta más que el pequeño salario de su trabajo diario; y en la casa no es más que la más humilde sirvienta.

8. Las mujeres del pueblo se manifiestan como madres muy tiernas para con los niños pequeños hasta que han alcanzado la edad de dos a tres años. Su instinto de mujer les hace comprender que el niño, durante sus dos primeros años, tiene necesidad de una solicitud continua. Pero, pasada esta edad, les tratan con brutalidad (salvo excepciones).

9. Hay que hacer notar que en todos los oficios ejercidos por los hombres y las mujeres, se paga por la jornada de trabajo de la obrera una *mitad menos* que la del obrero, o, si trabaja a destajo, su salario es menor en la mitad. Si no pudiéramos haber imaginado una injusticia tan flagrante, el primer pensamiento que se nos viene es éste: esto se explica en razón de la fuerza muscular, el hombre hace, sin duda, el doble de trabajo que la mujer. ¡Pues bien! lector, ocurre justamente lo contrario. En todos los oficios en los que hacen falta dedos diestros y ágiles, las mujeres hacen casi el doble del trabajo que los hombres. Por ejemplo, en las imprentas, *para componer* (en verdad cometen muchas faltas, pero esto se debe a su falta de instrucción); en las hilaturas de algodón, hilo o seda, para *unir los hilos*; en una palabra, en todos los oficios en los que es necesaria una cierta ligereza de manos, las mujeres son excelentes. Un impresor me decía un día con una ingenuidad muy característica: «Se les paga la mitad, y es muy justo, ya que van más rápido que los hombres; ganarían demasiado si se les pagase al mismo precio». En efecto, se les paga, no en razón del trabajo que hacen, sino en razón del *poco gasto* que hacen como consecuencia de las

Resultado de esto es que el marido trata a, su mujer, como mínimo, con profundo desprecio. La pobre mujer, que se siente humillada en cada palabra, en cada mirada que su marido le dirige, se rebela abierta o sordamente, según su carácter; de aquí surgen las escenas violentas, dolorosas, que terminan por provocar entre el *dueño* y la *sirvienta* (incluso se la puede llamar *esclava*, porque la mujer es, por así decirlo, *propiedad* del marido), un estado constante de irritación. Este estado se vuelve tan penoso que el marido, en lugar de quedarse en su casa para charlar con su mujer, se apresura a huir, y como no tiene absolutamente ningún otro lugar donde ir, va a la taberna a beber *vino tinto* con otros *maridos* no más felices que él, con la esperanza de *aturdirse*¹⁰.

privaciones que se imponen. Obreros, no habéis entrevisto las consecuencias desastrosas que para vosotros resultarían de una injusticia semejante hecha en detrimento de vuestras madres, de vuestras hermanas, de vuestras mujeres, de vuestras hijas. ¿Qué es lo que ocurre?, que los industriales, al ver a las obreras trabajar *más aprisa y a mitad de precio*, cada día despiden a los obreros de sus talleres y los reemplazan por obreras. ¡También el hombre se cruza de brazos y muere de hambre en la calle! De esta forma han actuado los jefes de las manufacturas en Inglaterra. Una vez se entra en esta dinámica, se termina por despedir a las mujeres para reemplazarlas por niños de doce años. ¡Se economiza *la mitad del salario*! Finalmente se llega a no ocupar más que a niños de *siete u ocho años*. Dejad pasar una injusticia, y estaréis seguros de que engendraréis miles de ellas.

10. ¿Por qué los obreros van a las tabernas? El egoísmo ha infligido a las clases altas, las que gobiernan, una ceguera completa. No comprenden que su fortuna, su felicidad, su *seguridad*, dependen de la mejora moral, intelectual y material de la clase obrera. Abandonan al obrero a la miseria, a la ignorancia, pensando, según la antigua máxima, que cuanto más *embrutecido* está el pueblo, más fácil es *amordazarlo*. Esto era así *antes de la declaración de los derechos del hombre*; desde entonces, pensar esto es cometer un burdo anacronismo, un grave error. Por lo, demás, como mínimo, habría que ser consecuente: si se cree que es una *buena y sabia política* dejar a la clase pobre en un estado de *brutalidad*, ¿por qué recriminarle sin cesar sus vicios. Los ricos acusan a los obreros de ser perezosos, disolutos, borrachos; y para apoyar sus acusaciones escriben: «Si los obreros son miserables es únicamente *culpa suya*. Id a las puertas de la ciudad, entrad en las tabernas, las encontraréis llenas de obreros que han ido allí a beber y a perder su tiempo». Creo que si los obreros, en vez de ir a la taberna, *se reúnen en grupos de siete* (número que permiten las leyes de septiembre) *en una habitación para instruirse en común sobre sus derechos y reflexionar sobre los medios a emprender para hacerlos valer legalmente*, los ricos estarían más descontentos que de ver las tabernas llenas.

En el actual estado de cosas, la taberna es el templo del obrero; es el *único lugar* al que puede ir. La Iglesia, no cree en ella; el teatro, no lo comprende en absoluto. Por esto, las tabernas están siempre llenas. En París, las tres cuartas partes de los obreros ni siquiera tienen domicilio: se acuestan en *dormitorios* alquilados; los que están de criados se alojan en *graneros* donde faltan el espacio y el aire, en consecuencia se ven *forzados* a salir de allí si

Esta forma de distracción agrava el mal. La mujer que espera la paga del domingo para hacer vivir a toda la familia durante la semana, se desespera al ver a su marido gastar la mayor parte en la taberna. Entonces su irritación llega al colmo, y su brutalidad, su maldad, se redoblan. Hay que haber visto de cerca estos hogares obreros (sobre todo los peores) para hacerse una idea de la desgracia que sufre el marido, del sufrimiento que padece la mujer. De los reproches, de las injurias, se pasa a los golpes, después a los llores, al desaliento y a la desesperanza¹¹.

quieren ejercitar un poco sus miembros y reavivar sus pulmones. ¡Vosotros no queréis instruir al pueblo, puesto que le prohibís reunirse bajo el temor de que también se instruya él, hable de política o de doctrinas sociales; no queréis que lea, que escriba, que piense, con el temor de que se rebele!... Pero ¿qué queréis que haga? Si le prohibís todo lo que compete al espíritu, está claro que, como único recurso, no le queda más que la taberna. ¡Pobres obreros! Abruñados de miserias, de penas de toda clase, ya sea en su casa o donde el patrono, o, en fin, porque los trabajos repugnantes y forzados a los que están condenados les irritan de tal forma el sistema nervioso, se vuelven a veces como locos; y, en este estado, para escapar a sus sufrimientos, no encuentran otro refugio que la taberna. También van allí a beber vino tinto, ¡medicina execrable!, pero que tiene la virtud de aturdir.

Frente a hechos semejantes, se encuentran en el mundo gentes a quienes se califica de virtuosas, religiosas, que, establecidas confortablemente en sus casas, beben, en cada comida y en abundancia, buen vino de Burdeos, añejó Chablis, excelente Champagne, y esas gentes meten hermosos rollos morales contra la embriaguez, la disipación, la intemperancia de la clase obrera!... En el curso de los estudios que he hecho sobre los obreros (desde hace diez años me ocupo de eso), jamás he encontrado embriaguez, verdadera disipación, entre los obreros felices en su casa y que gozan de una cierta holgura. Mientras que, entre los que son desgraciados en su hogar y están sumidos en una miseria extrema, he encontrado borrachos incorregibles. La taberna no es pues la causa del mal, sino simplemente su efecto. La causa del mal está únicamente en la ignorancia, la miseria, el embrutecimiento en que está sumida la clase obrera. Instruid al pueblo, y en veinte años los vendedores de vino tinto, que tienen tabernas en las puertas de la ciudad, cerrarán la tienda ante la falta de consumidores.

En Inglaterra, donde la clase obrera es mucho más ignorante y desgraciada que en Francia, los obreros y obreras llevan el vicio de la embriaguez hasta la demencia (ved a este respecto lo que dice E. Buret).

11. Citaré en apoyo de lo que expongo aquí referente a la brutalidad de las mujeres del pueblo, y también a la excelencia de su naturaleza, un hecho que ocurrió en Burdeos en 1827, durante mi estancia en esta ciudad.

Entre las vendedoras de legumbres que tienen un puesto de venta al aire libre en la plaza del mercado, había una temida por todas las criadas, tan insolente era, mala y brutal. El marido de esta mujer era basurero, y recogía los lodos en las calles de la ciudad. Una noche regresó y la comida no estaba preparada. Se suscitó una disputa entre el marido y la mujer. De las injurias, el marido quiso llegar a la vía de los hechos y le dio una bofetada a su mujer. Ésta, que en el preciso momento cortaba la comida con un gran cuchillo de cocina, exasperada por la ira, se abalanzó sobre su marido con el cuchillo en la mano y le atravesó el corazón. Éste cayó muerto en redondo. La mujer fue llevada a prisión.

Después de las agudas tristezas causadas por el marido, vienen a continuación los embarazos, las enfermedades, la falta de trabajo y la miseria, que siempre está clavada en la puerta como una cabeza de Medusa. Añadid a todo esto la irritación permanente causada por cuatro o cinco niños chillones, revoltosos, fastidiosos que están dando vueltas alrededor de la madre, y esto es la pequeña habitación del obrero, donde no hay lugar para moverse. ¡Oh!, haría falta ser un ángel bajado a la tierra para no irritarse, no convertirse en brutal y malvada en semejante situación. Y entretanto, en tal ambiente familiar, ¿qué es de los niños? No ven a su padre más que por la noche y el domingo. Este padre, siempre irritado o borracho, no les

Al ver a su marido muerto, esta mujer tan brutal, tan malvada, se vio atenazada por un dolor tan grande, un arrepentimiento tan grande, que, a pesar de su crimen, inspiró a todo el mundo no solamente compasión sino incluso respeto. Fue fácil establecer que había sido el marido quien la había provocado; que el homicidio había sido cometido en un momento de ira, pero sin ninguna premeditación. Su dolor era tal que se temía por su vida, y, como alimentaba a un niño de cuatro meses, el juez de instrucción, intentando calmarla, le dijo que podía tranquilizarse porque sería absuelta. Pero cuál fue la sorpresa de todos los asistentes cuando oyeron las palabras que esta mujer gritaba: «¡Yo, absuelta! ¡Ay! señor juez, ¿qué se atreve usted a decir...? Si se absuelve a una miserable como yo, no habrá ya ninguna justicia sobre la tierra».

Se utilizaron todos los razonamientos para hacerla comprender que no era en absoluto una criminal, puesto que no había tenido la intención de cometer un homicidio. «¡Ah! ¿Qué importa la intención —repetía— si hay en mí una brutalidad que me lleva tan pronto a desgraciar a uno de mis hijos como a matar a mi marido? ¿No soy un ser peligroso, incapaz de vivir en la sociedad?» Al fin, cuando quedó bien convencida de que sería absuelta, esta mujer, ignorante, sin la menor educación, tomó una resolución digna de los hombres más fuertes de la República romana. Declaró que quería hacerse justicia ella misma y que iba a dejarse morir de hambre... ¡Y con qué fuerza, con qué dignidad, ejecutó esta terrible sentencia de muerte pronunciada por ella misma! Su madre, su familia, sus siete hijos, fueron a suplicarle llorando que consintiera en vivir para ellos. Ella le entregó su niño de pecho a su madre diciéndole: «Enséñales a mis hijos a sentirse felices por haber perdido una madre semejante, porque, en un momento de brutalidad, podría matarlos como he matado a su padre». Los jueces, los sacerdotes, las mujeres del mercado, y muchas personas de la ciudad, fueron a su lado para suplicarle en favor de ellos. Se mantuvo inquebrantable. Entonces se intentó otro medio: se puso en su habitación pasteles, frutas, productos lácteos, vino, carnes; incluso se llegó a hacer asar aves que se le llevaban muy calientes, para que el olor la incitara a comer. «Todo lo que hagáis es inútil —repetía con mucha sangre fría y dignidad—; una mujer que es lo suficientemente brutal para matar al padre de sus siete hijos debe morir, y yo moriré». Sufrió horribles torturas sin lamentarse y, el séptimo día, expiró.

habla más que enfurecido, y no reciben de él más que injurias y golpes; oyendo a su madre lamentarse continuamente, le cogen odio, desprecio. En cuanto a su madre, la temen, la obedecen, pero no la aman; pues el hombre está hecho así, no puede amar a los que le maltratan. ¡Y no es pues ya una gran desgracia para un niño no poder amar a su madre! Si tiene pena, ¿al seno de quién irá a llorar? Si por atolondramiento, o incitación de otros, ha cometido algunas faltas graves, ¿a quién podrá confiarse? No teniendo ningún atractivo quedarse cerca de su madre, el niño buscará todos los pretextos para alejarse de la casa materna. Las peores compañías son fáciles de encontrar, para las muchachas como para los muchachos. Del callejeo se pasará al vagabundeo, y a menudo del vagabundeo al robo.

Entre las desgraciadas que pueblan las casas de prostitución..., y los desgraciados que gimen en los presidios, cuántos se encuentran que pueden decir: «Si hubiéramos tenido una madre capaz de educarnos, desde luego que no estaríamos aquí».

Lo repito, la mujer lo es todo en la vida del obrero: como madre, tiene acción sobre él durante toda su infancia; de ella, únicamente de ella, saca las primeras nociones de esta ciencia de adquisición tan importante, la ciencia de la vida, la que nos enseña a vivir en la forma conveniente para nosotros y para los demás, según el medio donde la suerte nos ha situado¹².

12. He aquí cómo *La Falange* del 11 de septiembre de 1842 se expresa respecto a un artículo extremadamente notable de *La Prensa*:

«*La Prensa* ha tomado el sabio camino de dejar las vanas querellas sobre la pequeña sesión, sobre el carácter de los votos de la encuesta y de la ley de regencia, sobre la conversión del señor Thiers, y se ha puesto a estudiar las cuestiones que van a someterse a los consejos generales... Hay muchos niños que aún están privados de instrucción, y 4.496 municipios no tienen escuelas. Para dejar sin pretextos a los padres, para triunfar sobre la despreocupación y la negativa de algunos consejos municipales, el publicista de *La Prensa* propone suprimir la retribución mensual pagada por los alumnos, y pide que el establecimiento y mantenimiento de todas las escuelas dejen de estar a cargo de los municipios y, en lo sucesivo, queden inscritos en el presupuesto del Estado. Nosotros siempre hemos dicho que la sociedad debe la educación a todos sus miembros, y es extremadamente deplorable que el

Como amante, tiene acción sobre él durante toda su juventud, ¡y qué poderosa acción podría ejercer una muchacha bella y amada! Como esposa, tiene acción sobre él las tres cuartas partes de su vida. Finalmente, como hija, tiene acción sobre él en su vejez. Observad que la posición del obrero es completamente distinta que la del ocioso. Si el hijo del rico tiene una madre incapaz de educarle, se le pone en pensión o se le procura una aya. Si el muchacho rico no tiene amante, puede ocupar su corazón y su imaginación en el estudio de las bellas artes o de la ciencia. Si el hombre rico no tiene esposa, no le faltará encontrar distracciones en el mundo. Si el anciano rico no tiene hija, encuentra algunos viejos amigos o jóvenes sobrinos que consienten muy gustosamente en venir a jugar su partida de bostón, mientras que el obrero, al que todos los placeres están prohibidos, tiene por toda alegría, por todo consuelo, la compañía de las mujeres de su familia, sus compañeras de infortunio. De esta posición resulta que sería de la mayor importancia, desde el punto de vista de la mejora *intelectual, moral, y material* de la clase obrera, que las mujeres del pueblo reciban desde su infancia una educación racional, sólida,

gobierno de un país ilustrado no se preocupe él mismo, y con rigor, de que la infancia esté rodeada de todos los cuidados necesarios para su desarrollo. Citamos el final del artículo de *La Prensa*. Las reflexiones de este periódico sobre la instrucción de las mujeres son justas y le honran. Nosotros hemos protestado en todas las ocasiones contra este odioso y estúpido abandono de un *sexo entero* del que es culpable nuestra sociedad llamada *civilizada* y realmente *bárbara* bajo muchos puntos de vista.

Junto a esta importante reforma, hay otra, quizá más urgente, que los consejos generales deben recomendar igualmente a la administración y a las Cámaras, nos referimos a la organización de las escuelas primarias para las muchachas. ¿No es extraño que un país como Francia, que se considera a la cabeza de la civilización, que intenta demostrarlo extendiendo a todas las clases de ciudadanos las luces de la instrucción, que abre por todas partes escuelas para los niños y escuelas para sus maestros, descuide de forma tan absoluta de educar a las mujeres, las primeras maestras de la infancia? Este olvido no es solamente una injusticia, es una imprudencia, es un fallo. ¿Qué resulta, en efecto, de la ignorancia de la mayoría de las madres de familia? Que cuando sus hijos llegan a los cinco años a la escuela, llevan una cantidad de malas disposiciones, de creencias absurdas, de falsas ideas, que han mamado con la leche materna; y el maestro tiene más trabajo para hacérselas olvidar, para destruirlas en su espíritu, que para enseñarles a leer. Pues, en definitiva, *cuesta más tiempo y dinero, consumir una injusticia y tener malos alumnos, que dar instrucción a las mujeres y, al mismo tiempo, hacer obreras más hábiles, amas de casa más útiles, y repetidoras naturales y gratuitas de las lecciones de la escuela.*»

apta para desarrollar todas las buenas inclinaciones que hay en ellas, con el fin de que puedan convertirse en obreras hábiles en su oficio, en buenas madres de familia capaces de educar y guiar a sus hijos y ser para ellos, como dice *La Prensa*, *repetidores naturales y gratuitos de las lecciones de la escuela*, y con la finalidad de que puedan servir también de *agentes moralizadores* a los hombres sobre los que tienen acción desde su nacimiento hasta su muerte.

¿Empezáis a comprender, vosotros, hombres, que ponéis el grito en el cielo antes de querer analizar la cuestión, por qué reclamo yo *derechos para la mujer*? ¿comprendéis por qué quisiera que se la situase en la sociedad en un pie de *igualdad absoluta* con el hombre, y que gozase de ello en virtud del *derecho legal que todo ser tiene al nacer*?

Reclamo derechos para la mujer porque estoy convencida de que *todas las desgracias del mundo provienen de este olvido y desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer*. Reclamo derechos para la mujer porque es el *único medio de que se preste atención a su educación*, y porque de la educación de la mujer depende la del hombre en general, y, *particularmente, la del hombre del pueblo*. Reclamo derechos para la mujer porque es el único medio para obtener su rehabilitación frente a la Iglesia, frente a la ley y frente a la sociedad, y porque hace falta esta rehabilitación previa para, que *los mismos obreros sean rehabilitados*. Todos los males de la clase obrera se resumen con dos palabras: miseria e ignorancia, ignorancia y miseria. Ahora bien, para salir de este dédalo no veo más que un medio: *comenzar por instruir a las mujeres, porque las mujeres son las encargadas de educar a los niños varones y hembras*.

Obreros, en el actual estado de las cosas, sabéis lo que ocurre en vuestros hogares. Tú, hombre, *el dueño que tienes derecho sobre tu mujer*, ¿acaso vives con ella con el corazón contento?, di: ¿eres feliz?

No, no; es fácil ver que, a pesar de tu derecho, no estás contento ni feliz.

Entre el dueño y el esclavo, no puede haber más que la fatiga del peso de la cadena que los une el uno al otro. Allí donde la ausencia de libertad se hace sentir, la felicidad no puede existir.

Los hombres se quejan sin cesar del humor desabrido, del carácter artero y sordamente malvado que manifiesta la mujer en casi todas sus relaciones. ¡Ah! yo tendría la peor opinión de la *raza mujer* si, en el estado de abyección en que la ley y las costumbres las han dejado, las mujeres se sometiesen al yugo que pesa sobre ellas sin proferir un susurro. ¡Gracias a Dios no es así!; su protesta, desde el comienzo de los tiempos, ha sido permanente. Pero desde la *declaración de los derechos del hombre*, acto solemne que proclamaba *el olvido y el desprecio que los hombres nuevos hacían de ellas*, su protesta ha adquirido un carácter enérgico y violento, que demuestra que, la exasperación de la esclava ha llegado a su colmo¹³.

Obreros, vosotros que sois sensatos y con quienes se puede razonar, porque no tenéis, como dice Fourier, el espíritu atiborrado de un montón de normas, ¿queréis suponer por un momento que la mujer sea *de derecho la igual del hombre*. ¡Pues bien!, ¿qué resultaría de esto?

- 1.º Que, desde el instante en que ya no se temiera a las consecuencias peligrosas que conlleva necesariamente, en su actual estado de servidumbre, el desarrollo moral y físico de las facultades de la mujer, se la instruiría con mucho cuidado, con el fin de *sacar el mejor partido posible de su inteligencia y de su trabajo*.
- 2.º Que vosotros, hombres del pueblo, tendríais por madres obreras hábiles, ganando buenos jornales, instruidas, bien educadas y muy capacitadas para instruirlos, para educaros bien, a vosotros, obreros, como conviene a hombres libres.

13. Leed la *Gaceta de los Tribunales*. Allí, frente a los hechos, hay que analizar la exasperación que manifiestan hoy en día las mujeres.

3.º Que tendríais por hermanas, por amantes, por esposas, por amigas, mujeres instruidas, bien educadas, y cuyo trato diario sería para vosotros de lo más agradable: porque nada es más grato, más suave para el corazón del hombre, que la conversación con las mujeres cuando son instruidas, buenas, y charlan con discernimiento y benevolencia.

Hemos echado una ojeada a lo que ocurre actualmente en los hogares obreros; veamos ahora lo que ocurriría en estos mismos hogares si la mujer fuera *la igual* del hombre.

El marido, al saber que su mujer tiene *derechos iguales a los suyos*, no la trataría ya con el desdén, el desprecio que se muestra con los inferiores; al contrario, la trataría con este respeto y deferencia que se concede a *los iguales*. Entonces ya no habría motivos de irritación para la mujer, y, una vez destruida la causa de la irritación, la mujer ya no se mostrará ni brutal, ni artera, ni desabrida, ni colérica, ni exasperada, ni malvada. Al no vérsela ya en la casa como la *Sirvienta del marido*, sino más bien como la *asociada*, la *amiga*, la *compañera* del hombre, naturalmente se interesará por la asociación y hará todo lo que pueda para hacer fructificar el pequeño hogar. Teniendo conocimientos teóricos y prácticos, empleará toda su inteligencia en llevar su casa con orden, economía y juicio. Instruida y conocedora de la utilidad de la instrucción, pondrá toda su ambición en educar bien a sus hijos, los instruirá ella misma con amor, vigilará sus trabajos escolares, los colocará en aprendizaje en casa de buenos patronos; en fin, los guiará, en todo con solicitud, ternura y discernimiento. ¡Cuánta será entonces la satisfacción del corazón, la seguridad del espíritu, la felicidad del alma del hombre, del marido, del obrero que tenga una mujer así! Encontrando en su mujer inteligencia, sensatez, elevadas miras, podrá charlar con ella sobre temas serios, comunicarle sus proyectos, y, de acuerdo con ella, trabajar para mejorar todavía más su posición. Halagada por su confianza, ella le ayudará en sus empresas y asuntos, con sus buenos consejos o con su actividad. El obrero, que

estará él mismo instruido y bien educado, hallará un gran encanto en instruir y desarrollar a sus hijos pequeños. Los obreros, por lo general, tienen muy buen corazón, aman mucho a los niños. ¡Con qué ánimo trabajará este hombre toda la semana, cuando sepa que debe pasar el domingo en compañía de su mujer, a la que amará, de sus dos hijitas traviesas, cariñosas, juguetonas, y de sus dos muchachos ya instruidos y que podrán charlar con su padre de temas serios! ¡Con qué ardor trabajará este padre dos horas más cada día para ganar 10 francos además de su paga ordinaria, para poder regalar a sus hijitas un bonito gorro, y a sus hijos un libro, un grabado o cualquier otra cosa que sepa que les debe gustar!; ¡y estos regalitos con qué arrebatos de alegría serían recibidos!; ¡y qué felicidad para la madre ver este amor recíproco entre el padre y los hijos! Está claro que, bajo esta suposición, la vida de familia sería para el obrero lo más deseable. Al encontrarse bien en su casa, feliz y satisfecho en la compañía de su buena y anciana madre, de su joven mujer y de sus hijos, no se le ocurriría la idea de dejar su casa para ir a *distraerse* a la taberna, lugar de perdición donde el obrero malgasta su tiempo, su dinero, su salud, y embrutece su inteligencia. Con la mitad de lo que un borracho gasta en la taberna, toda una familia de obreros que viva unida, podría, en verano, ir a cenar al campo. A las gentes que saben vivir sobriamente les hace falta muy poca cosa. Allí los niños respirarían el aire libre, serían muy felices corriendo con su padre y su madre, que se harían niños para divertirlos; y, por la noche, la familia, con el corazón contento y los miembros un poco descansados del trabajo de la semana, regresaría a la casa muy satisfecha de la jornada. En invierno, la familia iría a un espectáculo. Estas diversiones ofrecen una doble ventaja, instruyen a los niños mientras les divierten. De un día pasado en el campo, y una velada en el teatro, ¡cuántos temas de estudio puede encontrar una madre inteligente para instruir a sus hijos!

En las condiciones que acabo de pintar, el hogar, en vez de ser causa de ruina para el obrero, sería, por el contrario, causa de bienestar. ¿Quién no sabe cuánto triplica, cuadruplica las

fuerzas del hombre el amor y la satisfacción del corazón? Lo hemos podido ver en algunos raros ejemplos. Ha ocurrido que un obrero, que adoraba a su familia y se le había puesto en la cabeza dar una educación a sus hijos, hacía, para alcanzar este noble objetivo, el trabajo que tres hombres *no casados* no habrían podido hacer. Después venía el capítulo de las privaciones. Los solteros gastan con largueza; no se privan de nada. «Qué nos importa», dicen, «después de todo podemos beber y vivir alegremente, puesto que no tenemos que *alimentar a nadie*». Mientras que el hombre casado que ama a su familia encuentra satisfacción en privarse por ella y vive con una frugalidad ejemplar.

Obreros, esta pequeña descripción, apenas esbozada, de la posición que gozaría la clase proletaria si la mujer fuera reconocida *la igual del hombre*, debe haceros reflexionar sobre el mal que existe y sobre el bien que podría existir. Esto debe haceros tomar una importante determinación.

Obreros, no tenéis el poder de abrogar las antiguas leyes y hacer otras nuevas, no, sin duda; pero tenéis el poder de protestar contra la iniquidad y lo absurdo de las leyes que obstaculizan el progreso de la humanidad y que os hacen sufrir, a vosotros, más especialmente. Por lo tanto, podéis, incluso esto es un *deber sagrado*, protestar enérgicamente de pensamiento, con palabras y con escritos, contra todas las leyes que os oprimen. Ahora bien, tratad de comprender bien esto: la ley que *esclaviza a la mujer y la priva de instrucción*, os oprime también a vosotros, hombres proletarios.

Para educarle, instruirle y enseñarle la ciencia del mundo, el hijo del rico tiene *ayas e institutrices sabias, hábiles rectoras*, y en fin, *hermosas marquesas*, mujeres elegantes, espirituales, cuyas funciones, en la alta sociedad, consisten en encargarse de la educación de los hijos de familia que salen del colegio. Es una función muy útil para el bienestar de estos señores de la alta nobleza. Estas damas les enseñan a tener cortesía, tacto, finura, flexibilidad de espíritu, buenas maneras; en una palabra, les convierten en hombres que saben vivir, en hombres como es debido. Por poca capacidad que tenga un

joven, si tiene la suerte de estar bajo la *protección de una de estas mujeres amables*, ha hecho su fortuna. Puede estar seguro de ser embajador o ministro a los treinta y cinco años. Mientras que vosotros, pobres obreros, no tenéis más que a vuestra madre para educaros, para instruiros; para hacer de vosotros hombres *que sepan vivir*, no tenéis más que a las mujeres de vuestra clase, vuestras compañeras de ignorancia y de miseria¹⁴.

No es en nombre de la *superioridad de la mujer* (como no faltará quien me acuse de ello) por lo que os hablo de reclamar los derechos para la mujer; realmente no. Primero, antes de discutir sobre su superioridad, es necesario que sea reconocida su propia persona social. Me apoyo sobre una base más sólida. En nombre de vuestro propio interés, hombres; en nombre de vuestra mejora, la vuestra, hombres; en fin, en nombre del bienestar universal de todos y de todas os comprometo a reclamar los derechos para la mujer, y, entre tanto, que se les reconozcan al menos en principio.

A vosotros, obreros, que sois las víctimas de la desigualdad de hecho y de la injusticia, a vosotros os toca establecer, al fin, sobre la tierra el reino de la justicia y de la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre.

14. Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tiene las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es imposible en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Su situación detiene cualquier posible progreso. En ocasiones yo he sido testigo de escenas violentas entre el marido y la mujer. A menudo he sido víctima de ellas, recibiendo las injurias más groseras. Estas pobres criaturas, que no ven más allá de su nariz, como se suele decir, se enfurecen con el marido y conmigo porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas políticas o sociales. «¿Qué necesidad tienes de ocuparte de cosas que no te competen? —exclamaban—, piensa en ganar con qué comer y deja marchar al mundo como quiera.» Es cruel decirlo, pero conozco desgraciados obreros, hombres de buen corazón, inteligentes y de buena voluntad, que no pedirían nada más que consagrar su domingo y sus pequeños ahorros al servicio de la causa, y que, por tener paz en sus casas, esconden a su mujer y a su madre que vienen a verme y que me escriben. Estas mismas mujeres me detestan, hablan horrores de mí y, sin el miedo a la cárcel, serían capaces de llevar su celo hasta el punto de venir a injuriarme a mi casa y pegarme, y todo esto porque yo cometo el «gran crimen, dicen, de meter en la cabeza de sus hombres ideas que les obligan a leer, a escribir, a hablar entre ellos, todas ellas cosas inútiles que hacen perder tiempo». ¡Esto es deplorable! Sin embargo, he encontrado algunas mujeres capaces de comprender las cuestiones sociales y que demuestran ser abnegadas.

Dad un gran ejemplo al mundo, ejemplo que demostrará a vuestros opresores que queréis triunfar por *el derecho*, y no por la fuerza bruta; ¡vosotros, a pesar de que sois siete, diez, quince millones de proletarios, que podríais disponer de esta fuerza bruta!

Y mientras reclamáis la justicia para vosotros, demostrad que sois justos, equitativos; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de *brazos desnudos*, que reconocéis a la mujer como a *vuestra igual*, y que, a ese título, le reconocéis *un derecho* igual a los beneficios de la *unión universal de los obreros y obreras*.

Obreros, quizá dentro de tres o cuatro años tengáis *vuestro primer palacio*, preparado para recibir a 600 ancianos y 600 niños. ¡Pues bien!, proclamad en vuestros estatutos, que se convertirán en *vuestra carta, los derechos de la mujer*, junto con la *igualdad*. Que quede escrito en *vuestra carta* que se admitirá, en los palacios de la Unión Obrera, para recibir allí educación intelectual y profesional, *un número igual* de *muchachas* y de *muchachos*.

Obreros, en 1791, vuestros padres proclamaron la inmortal declaración de los *derechos del hombre*, y a esta solemne declaración debéis el ser hoy en día *hombres libres e iguales* en derechos *frente a la ley*. ¡Honor a vuestros padres por esta gran obra! Pero, proletarios, os queda a vosotros, hombres de 1843, una obra no menor que llevar a cabo. A vuestra vez *liberad a las últimas esclavas* que aún quedan en la sociedad francesa; proclamad los *derechos de la mujer*, y en *iguales términos* que vuestros padres han proclamado los vuestros, decid:

Nosotros, proletarios franceses, después de cincuenta y tres años de experiencia, reconocemos estar debidamente esclarecidos y convencidos de que el olvido y el desprecio que se ha hecho de los derechos naturales de la mujer son las únicas causas de las desgracias del mundo, y hemos resuelto exponer en una declaración solemne, inscrita en nuestra Carta, sus derechos sagrados e inalienables. Queremos que las mujeres sean informadas de nuestra declaración, para que no se dejen ya oprimir y envilecer

por la injusticia y la tiranía del hombre, y para que los hombres respeten en las mujeres, sus madres, la libertad y la igualdad de la que ellos mismos gozan.

1.º Debiendo ser el objetivo de la sociedad la felicidad común del hombre y de la mujer, la *Unión Obrera* garantiza al hombre y a la mujer el disfrute de sus derechos de obreros y de obreras.

2.º Estos derechos son: la igualdad para la admisión en los Palacios de la *Unión Obrera*, sea como niños, heridos o ancianos.

3.º Para nosotros, siendo la mujer la igual al hombre, por supuesto las muchachas recibirán, aunque de forma distinta, una instrucción tan racional, tan sólida, tan extensa en ciencia moral y profesional como los muchachos.

Obreros, podéis estar seguros de ello, si tenéis la suficiente *equidad, justicia*, para inscribir en vuestra Carta las pocas líneas que yo acabo de trazar, *esta declaración de los derechos de la mujer* pasará pronto a las costumbres; de las costumbres a la ley, y antes de veinticinco años veréis escrito al comienzo del código de leyes que regirá la sociedad francesa: *la igualdad absoluta del hombre y de la mujer*.

Entonces, hermanos míos, y solamente entonces, la *unidad humana* se habrá constituido.

¡Hijos del 89, he aquí la obra que vuestros padres os han legado!